

“TRABAJAR DESDE CHICO ME ENSEÑÓ A SER HUMILDE Y A GANARME LA VIDA POR DERECHA”

Julio Zamar

Los orígenes

Esta historia empieza con el nacimiento de mi padre, Rolando Zamar, en 1931, en Avellaneda, Provincia de Santa Fe.

Provenía de una familia de origen humilde; con mucho esfuerzo, cursó la secundaria en la Escuela Industrial de Reconquista.

Hacía el recorrido de Avellaneda a Reconquista a pie. Llevaba un pan en el bolsillo para comerlo en la plaza al mediodía, mientras esperaba para entrar a la tarde al doble turno.

La pobreza no fue obstáculo para sus ansias de progreso: como era muy buen alumno, lo nombraban abanderado. Todo lo hizo con gran sacrificio. Lo importante para él era alcanzar sus metas.

Cuando terminó los tres años del industrial, comenzó a trabajar de tornero en una metalúrgica. Luego, formó parte de una toma de decisión



Desde muy chico trabajé
en el taller familiar.



Final del secundario.

familiar: había que comprar un torno. Junto a su padre, Don Humberto, y sus hermanos Tito y Oscar, pudo finalmente adquirir esa herramienta tan necesaria.

Corría la década del '60, cuando llegó la empresa Cisic para construir un puente sobre el paso a nivel de la Ruta 11.

Los hermanos empezaron a realizar trabajos de reparación para esa firma. Como además tenían otros empleos, lo hacían después de hora. Se quedaban hasta las dos o tres de la mañana en el taller.

Cisic los ayudó a crecer, hasta que pudieron dejar sus otras ocupaciones y dedicarse de lleno al proyecto. De a poco, se fueron ampliando. Fueron comprando más máquinas e instalaron el primer criadero de pollos parrilleros en la región.

A su vez, empezaron a fabricar palas y cilindros hidráulicos, que vendían en el norte de Santa Fe, Corrientes y Chaco. En el taller, fabricaron máquinas de pelar pollos.



Los comienzos en el galpón de Darío.

Una nueva generación

Yo nací en mayo del '63, como el mayor de los tres hijos de Rolando Zamar e Irma Sandrio.

De chico empecé a mamar la metalurgia, ya que vivía a menos de una cuadra de la empresa. Mi padre me llevaba al taller a cebarle mate.

Cuando tenía unos cinco años, ya iba a la primaria a la mañana y a la empresa a la tarde. Hacía mandados, torneaba, agujereaba y limpiaba. Trabajar de tan chico me enseñó a tener humildad y a ganarme la vida por derecha.

Cursé la secundaria en la escuela ENET N°1, donde me recibí de técnico electromecánico en el '81.

A los veintiún años, quedé al frente del sector de fabricación de implementos del taller.

Como era joven, además de trabajar quería conocer el mundo. En el '89, partí dos meses con mi moto a recorrer Bolivia, Chile, Perú y Machu Picchu.



Construcción de nuestro propio espacio.



Cuando volví, trabajé en la empresa muchos años, en los que desarrollé nuevas líneas de máquinas y optimicé los materiales. Estuve allí hasta el '96.

Por aquella época, las cosas no estaban bien en la sociedad. Había problemas familiares y profesionales.



La planta actual.



Al ver que no había futuro en ese proyecto al que tanto empeño había puesto desde joven, caí en una fuerte depresión. Mi familia tuvo que internarme en una clínica psiquiátrica de Rafaela.

Todo terminó mal, como en tantas empresas familiares. Con grandes problemas económicos, mis hermanos Susana y Mario y yo tuvimos que salir a buscar trabajo en otro lugar.



Interiores de la planta.



Un nuevo proyecto

Tras haberme criado para estar del lado patronal, me tocó por primera vez estar del otro lado del mostrador.

En 1998, aunque el país atravesaba una situación económica delicada, los hermanos Daniel y Darío Díaz me abrieron las puertas de su empresa ELMET, dedicada a la fundición de piezas de aluminio y bronce.

Mientras luchaba por salir de la depresión, en aquella empresa me sentía muy contenido.

Fue uno de los mejores tiempos. Además del trabajo, compartíamos asados, paseos en lancha y salidas. Tengo muy gratos recuerdos.

Nacía una empresa sin saberlo

Por esos años una gente que me conocía comenzó a llevarme trabajos de hidráulica en ELMET.

Daniel y Darío, con mucha generosidad, y sin que yo le hiciera ningún planteo especial, me daban parte de la ganancia que nos quedaba, de gran ayuda para mí por cierto, ya que ya había nacido mi primer hijo, Santiago.

Pero, en 2001, esa sociedad se disolvió. Cosa que me dolió mucho ya que los apreciaba muchísimo a ambos.

El hermano mayor, Daniel, siguió con la parte de fundición. Yo seguí junto Darío.

Un emprendimiento personal

Darío, en su empresa Patografía, me permitió trabajar en su galpón.

Ahí hacía los trabajos que me llegaban y me ayudaban para sobrevivir.

Vale aclarar que estábamos en el año 2001/2002. Año de la última gran crisis de Argentina.

Para ese entonces, la empresa Servipack, me ayudó muchísimo. Primero, dándome trabajo, y luego comprándome una fresadora, y a la cual, me permitieron pagar con trabajo.

De a poco, la cantidad de clientes se fue incrementando y llevando a la firma a la incorporación de más personal.

En esa etapa y gracias a la gran ayuda de Darío, no solo dándome la oportunidad de trabajar en su galpón, sino también porque fue y es un amigo

que me ayudó enormemente en mis comienzos, pude terminar mi tinglado en diciembre del 2007, año en que me trasladé a nuestras instalaciones actuales.

Actualmente, tengo a cargo siete empleados; con ellos logramos consolidar un muy buen equipo de trabajo, con gente joven y mucha experiencia hecha en la empresa.

Fabricamos centrales hidráulicas, cilindros especiales, reparaciones de sistemas hidráulicos en industrias, máquinas agrícolas y viales, mecanizados de piezas.

Además, funciona en el mismo predio el negocio donde comercializamos y representamos a importantes marcas líderes del rubro hidráulico.

El legado

Tengo tres hijos: Santiago, de dieciséis años; Abril, de catorce y Facundo, de ocho, a quienes le transmito los valores del trabajo y la humildad.

También les digo que absolutamente todo lo que pude lograr lo obtuve gracias a la ayuda de mucha gente que confió en mí.

Pero ese valor hay que ganárselo día a día y es lo que les va a abrir las puertas de muchos lugares.

Nada es fácil en la vida, pero sin sacrificio y perseverancia no se logra absolutamente nada.

Otro de mis grandes anhelos es lograr que la empresa y el personal estén unidos y comprometidos, de manera que, además de un trabajo, pueda brindar respaldo o contención a todos sus integrantes.